

Los niños... herederos invisibles del dolor.

Porque estoy aquí yo... si nací el 76

Lo primero que pensé fue en los hijos de estos niños... desde ahí traté de pensar, pero esto no era fácil... esto de hablar aquí... y como es difícil, voy a referirme a un libro de Yolanda Gampel "Esos padres que viven a través de mí", libro que llegó a mis manos luego de una clase en esta sala en un seminario temático de duelo de la Carlita Vidal. La autora plantea que la forma invisible, imprevisible y sin límites en el espacio y en el tiempo de la "**radioactividad**", se puede utilizar como metáfora de los efectos de la **violencia social**. Así como la radioactividad material tiene efectos físicos inmediatos en las personas y al poco tiempo después, la violencia social tiene un impacto en la subjetividad al momento de los hechos, pero además puede tener efectos a largo plazo.

Hay un ámbito de esta violencia que deviene en un no-dicho, entendiéndolo como aquello de lo que no se puede hablar, ni siquiera simbolizar. Y es aquí en este no-dicho que cobran fuerza los "residuos radioactivos" y se traspasan de una generación a otra.

Este dejar de lado las emociones demasiado dolorosas, impide ponerlas en palabras y es el cuerpo un lugar donde se expresan indirectamente las angustias, el miedo y el dolor. Es así como este dolor psíquico no hablado y no simbolizado puede ser traducido en dolor físico incluso por la generación siguiente.

En los distintos testimonios que se relatan en el libro, en su mayoría se refieren a malestar psíquico en niños -hijos o nietos de víctimas del holocausto- que encuentran a través del proceso terapéutico, una conexión entre el síntoma y la vivencia traumática de alguno de los padres en el pasado. Que sin duda ha quedado sepultada o encapsulada, no dando lugar a una elaboración suficiente.

Y es esta represión, negación y desamparo vivido por una generación lo que emerge como síntoma en otra. Así el niño de la segunda generación vive en la ilusión de que logra liberar a sus padres de la elaboración del duelo. Y es en este viaje heroico donde sacrifica la conexión con su propia vulnerabilidad.

También se puede decir, que en estos contextos en que la centralidad de las funciones de la familia gira en torno a la sobrevivencia, los niños tienen muy poco lugar para que sus necesidades sean escuchadas. Por el contrario, se convierten en expertos en el cuidado de sus padres, desarrollando un fuerte sentimiento de omnipotencia. En este sentimiento de omnipotencia hay una desconexión con la propia vulnerabilidad. Y es aquí en este giro de desconexión donde se puede traspasar el “hacerse cargo” a la tercera generación, que le da la voz a las necesidades de sus padres, que previamente fueron silenciadas para el cuidado de sus abuelos.

Pensando entonces, que para dar sentido a la historia vivida, debiéramos dirigir la atención a la búsqueda de recursos en las nuevas generaciones y los nuevos vínculos, es necesario dar la oportunidad para que la generación de los abuelos explore en su memoria y se haga preguntas, que ahora son sus nietos quienes responden y al mismo tiempo interrogan.

Y como me enseñaron aquí en esta misma sala, no puedo dejar de lado la experiencia personal, en la que me incluyo como sujeto de esta historia troquelada por la violencia. Pienso que está en nuestras manos, como generación intermedia, hacer algo distinto para entregar a la tercera generación. En más de una ocasión mi hijo menor me ha pedido: “*Quiero ver el cuento de Pinochet*”, pidiendo ojala un libro ilustrado, que a él lo ayude a entender la historia. Quiere saber, queriendo hacer tangible aquello que muy de a poco ha escuchado en forma difusa.

O mi hija de 9 años, quien en un acto conmemorativo esta semana, en un centro de tortura donde estuvo su detenido su abuelo, lloró con una de mis canciones de cuna que creo ella jamás había escuchado.... “yo te nombro, libertad”.

La memoria como residuo radioactivo, corre el riesgo de intensificar el sacrificio de estos hijos salvadores o estos nietos voceros de la vulnerabilidad. Muchas veces, estas generaciones posteriores sacrifican su **cuerpo**, manifestando en síntomas físicos esta experiencia de lo no-dicho.

Y la propuesta aquí es poner mirada y escucha en el cuerpo, entendiendo el cuerpo como una narrativa de generaciones, atreviéndose a mirar la historia, como se podría hacer en la lectura de un cuento. Cuerpo y cuento no son palabras que suenan tan distinto, las podríamos homologar en la función de hacer visible y audible la memoria.

“A *narrar entonces*”, porque así el sacrificio será oído distinto, y el síntoma contenido en una nueva forma de mirar futuro, sin infancias llenas de omnipotencia derrotada, con cuerpos más sanos e ilustraciones que permitan la identificación con la complejidad de la vida en lugar de lo siniestro de la muerte.

He aquí la importancia de recordar, conmemorar y hablar de estos 40 años.